

lencia y Mallorca, es el brillo de un meteoro que se extinguirá muy en breve. Los autores—se arguye—carecen allí de público numeroso donde tenga resonancia su voz, que los aplauda y compre sus obras, y la última razón, aunque prosaica, bastará para concluir con los más fervidos entusiasmos. Sin decir que sea completamente infundado este raciocinio, me parecen exageradas las consecuencias y aventurada la profecía. De cualquier modo, convengamos en que la variedad, bien entendida, puede conciliarse harmónicamente con la unidad, y que las glorias de una región no han de mirarse con odioso recelo, ni convertirse en motivo de rivalidad entre los hijos de una patria común.



LA LITERATURA REGIONAL DE GALICIA ¹

CAPÍTULO PRIMERO

La antigua poesía gallega.—Causas del renacimiento contemporáneo.

AUNQUE hay en el alma de las razas algo que no muere, algo inaccesible á las vicisitudes de los tiempos, y que da vida é imprime carácter á las generaciones sucesivas que proceden de un mismo tronco, á despecho de las múltiples y heterogéneas influencias con que se va cruzando aquel invisible agente en el transcurso de los siglos, no es fácil distinguir en un momento histórico determinado la parte étnica de todo cuanto la modifica, ni menos parece razonable que, para el estudio de un ciclo lite-

¹ Los estudios en que con mayor amplitud se ha tratado hasta ahora la materia del presente, son: el libro *De mi tierra*, por Doña Emilia Pardo Bazán (La Coruña, 1888); el discurso *De la poesía gallega*, leído en el Ateneo de Madrid por el Marqués de Figueróa (Madrid, 1889), y *El Regionalismo en Galicia*, por Don Leopoldo Pedreira (Madrid, 1894), obra que valdría más y se leería con mayor interés, si se descartaran ciertas crudezas de expresión.

rario, se aísle ésta de las demás concausas que en él hayan podido intervenir.

Quizá no fijan su atención en tan palmarias verdades los que consideran el novísimo florecimiento de las letras regionales en Galicia como una manifestación de la supervivencia del genio céltico, y, no contentándose con emparentar á los actuales poetas de aquel suelo con los antiguos bardos, aventuran las más atrevidas afirmaciones, ya fantaseando para los primeros un atavismo inverosímil, ya extendiendo á la población entera del Noroeste de España el privilegio de conservar íntegro, ó sin variación ostensible, el tipo de sus remotos ascendientes.

Al censurar las exageraciones de ciertos regionalistas gallegos—dejando á un lado á los que por todas partes ven reliquias de la dominación sueva,—no pretendo que en las costumbres y supersticiones populares, en el modo de sentir la Naturaleza, y, según la opinión de varios autores ¹, en las combinaciones métricas de los cantos indígenas, no persevere nada que hipotéticamente pueda reducirse á un origen céltico, si bien se ha observado, con razón, que otras comarcas españolas fueron ocupadas durante siglos enteros por la misma raza que pobló á Galicia; que la dominación

¹ Milá y Fontanals, el más autorizado de todos, dice: «La poesía gallega tiene una clase de estancias que suele acompañarse con el pandero. Es la de tercetos de versos octosílabos, casi siempre libre el segundo y asonantados ó aconsonantados el primero y el tercero... Esta forma, que no observamos en las poesías populares de España ni en la de Portugal, recuerda naturalmente el ternario céltico; pero se ha de notar que éste era monorrímo». (*De la poesía popular gallega*, artículo publicado en el tomo VI de la *Romanía* y en el V de las *Obras completas* del autor, Barcelona, 1893, pág. 366.) No cabe duda que Milá se equivocó al hacer exclusiva de Galicia una combinación métrica común á otras regiones peninsulares, y á Andalucía en particular, como se ve en los cantares de *soledad*, de que citaré una muestra:

Voy como si fuera preso:
Detrás camina mi sombra,
Delante mis pensamientos.

romana, tardía en ella, pero avasalladora siempre, no pudo menos de producir sus naturales efectos; y que el vago idealismo que se cuenta como peculiar distintivo de la región galaica es dato inseguro para el historiador, y está contrastado por un enérgico instinto de observación realista é irónica, como lo demuestran la desnudez del lenguaje rural y el número extraordinario de coplas satíricas, muy superior al de las amorosas, que ha producido allí la musa de las aldeas ¹.

Sea de ello lo que fuere, y por mucho que concedamos al espíritu de la raza, y aunque con él se sumen las condiciones climatológicas y topográficas, considerando á Galicia como prolongación natural del reino lusitano, la han unido á España, con el más suave é indisoluble de los vínculos, la comunidad de intereses y recuerdos, y las circunstancias de haber sido juntamente con Asturias la cuna de nuestra reconquista, y de conservar en su seno el cuerpo del Patrón Santiago, cuyo nombre invocaron siempre nuestros guerreros y brilla como nimbo de luz en las páginas de la historia nacional. Ni ha arraigado allí ni tiene razón de ser el desafecto á la patria grande por estrecho egoísmo de provincia.

Tampoco hemos de buscar los orígenes de la moderna literatura gallega en la de los siglos medios, que hasta hace pocos años no era conocida sino muy en general y por referencias diversamente interpretadas, como el famoso pasaje del Marqués de Santillana que luego citaré, y cuya exactitud resulta hoy indiscutible. Algo hay que apuntar, no obstante, sobre aquel perio-

¹ Cosa tanto más extraña, cuanto que, según notó el P. Sarmiento, *en la mayor parte de las coplas gallegas hablan las mujeres con los hombres, y es porque ellas son las que componen las coplas sin artificio alguno y ellas mismas inventan los tonos ó aires á que las han de cantar, sin tener idea del arte músico*. (*Memorias para la historia de la Poesía y poetas españoles*, página 238, Madrid, 1775.)

do gloriosísimo en que la lírica gallega emuló el esplendor de la provenzal, extendiéndose por casi toda la Península ibérica, resonando en las cortes castellana y leonesa, siendo favorecida por reyes, magnates y juglares, como instrumento de la piedad, del amor y de la sátira. Gran extrañeza causa que entre los modernos defensores de la antigüedad del que ostentadamente apellidan *Poema de la Cava*, de las poesías eróticas de Gonzalo Hermínguez (ú Hormíguez) y Egas Monis, y del canto de los Figueroas¹, apenas haya quien se acuerde del *Cancionero del Vaticano*², á no ser para mencionarlo de corrida ó dando á entender que sólo contiene poesías del género artificioso y convencional, como las que se leen en las colecciones de Baena y Resende.

Nada más distante de la verdad; pues si la imitación de los trovadores provenzales fué en un principio demasiado servil, reduciéndose á glosar temas conceptuosos con arreglo á los cánones de una retórica fría

¹ Es, entre los fragmentos poéticos citados, el único que tiene valor como obra de arte; pero Milá y Valera lo suponen de fecha muy posterior á la que suele atribuírsele. De *sospechosas antiguallas* califica en general el autor de *Pepita Jiménez* todos estos monumentos, que en el libro *De los trovadores en España* están tildados de *evidentemente apócrifos ó de época incierta* (Barcelona, 1889, página 523). La en que se publicaron por vez primera no inspira gran confianza, ni tampoco merecen mucha Miguel Leitao, Fr. Bernardo Brito y Faria y Souza, editores de las discutidas poesías. En la novela de la *Miscelánea* de Leitao, donde se lee la estrofa del *Poema de la Cava*, pone el autor en boca de los personajes un soneto de Camoens.

² *Il Canzoniere portoghese della Bibliot. Vaticana messo a stampa da Ernesto Monaci.*—Halle, 1875. Tres años después de publicada esta obra, hizo de ella una edición crítica el erudito portugués Teófilo Braga. En 1880 apareció un complemento del *Cancionero Vaticano*, ó sea la parte no conocida del que se ha llamado *Colocci-Brancuti* (uniendo los nombres del humanista italiano Angelo Colocci, que mandó hacer la copia en el siglo XVI, y del Marqués de Brancuti, su último poseedor). Descubrió también este segundo *Cancionero*, que contiene todas las poesías del precedente, y 470 nuevas, el mismo Monaci con la ayuda de su discípulo Enrique Molteni. Antes de ambas publicaciones sólo se conocían algunos fragmentos del *Códice Vaticano*.

y un arte ya agotado y caduco, no tardó en combinarse con la fecunda inspiración popular, en rejuvenecerse con su savia y engalanarse con las flores de su lozana espontaneidad y su peregrino encanto, no marchitadas con el transcurso de los siglos. Cantigas hay, entre las de los olvidados poetas galaico-portugueses, que merecen figurar en el libro de honor de las literaturas peninsulares junto á las más preciadas joyas de cualquiera de ellas, sin contar que, por el especialísimo sello de vaguedad misteriosa y primitiva, constituyen un grupo aparte, una nota sumamente rara en nuestra opulenta poesía meridional, tan pródiga de colorido, y vienen á demostrar cómo no han sido aquí exóticos ó desconocidos algunos géneros que se reputan producto exclusivo de los climas boreales.

Recientemente y con su maestría acostumbrada ha escrito Menéndez y Pelayo acerca del asunto¹, enaltecendo los méritos del rey D. Dionís (cuando se aparta de la senda erudita), de Martín Codax, Juan Zorro, Nuño Fernández Torneol, Pedro Meogo, el Almirante Payo Gomes Chirinho, y otros autores con quienes se mostró olvidadiza la fama póstuma. Por eso me limitaré á recomendar el estudio del sabio profesor á los lectores curiosos, y á citar un ejemplo que justifique las precedentes aseveraciones.

Difícil sería hacer la historia de una cita amorosa (tema muy repetido en el *Cancionero* de la Vaticana) con más finura y delicadeza, con más profunda intuición psicológica y mayor intimidad de sentimiento que las que resplandecen en las composiciones de Pedro Meogo²: comienzan por una confesión tímida de la joven á su madre, y tras un monólogo de la primera, y un diálogo en que la reflexiva experiencia cohibe

¹ *Antología de poetas líricos castellanos.*—Primera parte del *Prólogo* al tomo III. (Madrid, 1892.)

² Números 789-797 del *Cancionero*.

los vuelos de la confiada candidez, síguense dos estrofas muy lindas, y las que transcribo:

Levou-ss' a velida ¹
vay lavar cabelos
na fontana fría;

leda ² dos amores,
dos amores leda.

Levou-ss' a louçana,
vay lavar cabelos
na fría fontana;

leda dos amores,
dos amores leda.

Vay lavar cabelos
na fontana fría,
passou seu amigo ³
que lhi bem quería;

leda dos amores,
dos amores leda.

Passa seu amigo
que lhi bem quería,
o cervo ⁴ do monte
a auga ⁵ volvíaa ⁶;

leda dos amores,
dos amores leda.

Vay lavar cabelos
na fría fontana,
passa seu amigo
que muyt' a vos ama,
leda dos amores,
dos amores leda.

En vano la madre evoca un recuerdo elocuente en el ánimo de la doncella:

Fostes, filha, en o baylar ⁷
e rompestes hi o brial ⁸.

¹ *a velida*, la bella, la hermosa.

² *leda*, alegre.

³ *amigo*, amante.

⁴ *cervo*, ciervo.

⁵ *auga*, agua.

⁶ *volvíaa*, removía, agitaba.

⁷ *baylar*, baile.

⁸ *brial* significa, lo mismo que en castellano, vestido de mujer.

El poeta nos pintará el desenlace de este drama:

—Digades, filha, ma filha velida,
¿Por qué tardastes na fontana fría?

—Os amores ey! ¹

—Digades, filha, mha filha louçana,
¿Por qué tardastes na fría fontana?

—Os amores ey!

Tardei, mha madre, na fontana fría
Cervos do monte a agua volvíam;

Os amores ey!

Tardei, mha madre, na fría fontana,
Cervos do monte volvíam a agua;

Os amores ey!

—Mentís, mha filha, mentís por amigo,
Nunca vi cervo que volvesse río.

—Os amores ey!

—Mentís, mha filha, mentís por amado,
Nunca vi cervo que volvesse' o alto.

—Os amores ey!

La repetición mimosa de conceptos y frases; la dulce languidez del ritmo, idéntico al de muchas canciones que hoy mismo se cantan en Galicia; el hecho, también persistente, de que con frecuencia los sentimientos que traducen los autores sean femeninos, y la indicación concreta de nombres locales, de romerías y otras fiestas entre religiosas y profanas; de algarradas guerreras que, al arrancar del suelo natal á los mancebos enamorados, herían sus corazones y los de sus elegidas con el dardo de nostalgia tenaz; todo induce á creer que este linaje de poesía no procedió, como no fuese en la parte más externa y superficial, de importación extraña, sino del fondo mismo de la sociedad cuya imagen reproduce fidelísimamente. Por eso, al lado de la pasión amorosa, no siempre contenida en los límites del idealismo romántico, ni aun de la decencia vulgar, puesto que á veces se hunde en

¹ *ey*, tengo.